

## VII

Llevó pausado el viento  
 las suavísimas ondas de armonía  
 que arrancaba del músico instrumento  
 la mano que lo hería,  
 y huyó, cruzando la región vacía,  
 del tierno trovador el dulce acento.  
 Reinó el silencio luego  
 y en solemne reposo sumergido  
 el castillo quedó; letal sosiego  
 sepultaba la vida en hondo olvido  
 y nadie sospechara  
 que hubiera un ser entre sus negros muros  
 que de amorosas trovas se cuidara.  
 Mas, allá en los oscuros  
 huecos de un ajimez, blanca figura  
 fantástico contorno dibujaba,  
 dejando percibir, mal reprimidos,  
 sollozos de amargura,  
 que la canción, del pecho le arrancaba.  
 Y de una enhiesta almena  
 en la sombra velado, verse pudo,  
 dominando la escena,  
 un rostro torvo, descompuesto y mudo  
 que en largo acecho con afán seguía  
 cuanto al pie de la torre sucedía.  
 En los ángulos huecos

del solitario patio resonaron  
 los misteriosos ecos  
 de los pasos de Hasán, que se alejaba,  
 del ajimez las puertas se cerraron  
 y el hombre que espiaba  
 en las altas almenas escondido,  
 un profundo gemido  
 ronco, cual grito de salvaje fiera,  
 arrancó de su pecho cavernoso  
 y se hundió, silencioso,  
 en la entrada de lóbrega escalera.  
 Pasó breve la noche,  
 y apenas en Oriente la mañana  
 tímida abrió su pudoroso broche  
 de rosicler y grana,  
 cuando una trompa de marciales sonos,  
 por expreso mandato del caudillo,  
 á la plaza desierta del castillo  
 llamó de la mesnada los peones.  
 Muy pronto congregados  
 se vieron descender por la pendiente,  
 de Abenámar regidos y guiados,  
 y no bien la corriente  
 atravesaron del cercano río  
 se detuvieron en el verde llano,  
 junto á una fuente que entre lirios brota,  
 y allí, con hábil mano,  
 un alarife delineó el cimiento  
 de una casa de bellas proporciones  
 cuyas robustas tapias y machones  
 en breve alzaron, con oculto intento.  
 Cuando vió concluido

su proyecto Abenámar, más humano,  
 dió un instante sus penas al olvido,  
 á la nueva mansión llamó á su hermano  
 y allí, á solas, le dijo conmovido:  
 —Sólo el recuerdo santo  
 de la mujer piadosa  
 que amante y casta nos llevó en su seno,  
 pudo en mi pecho tanto  
 que á mi pasión celosa  
 sedienta de tu sangre puso freno.  
 Aún eras débil niño  
 cuando en el duro trance de la muerte  
 te estrecharon sus brazos con cariño,  
 y angustiada, temiendo por tu suerte,  
 volvió á mi su semblante moribundo  
 y, con voz que apagaba la agonía,  
 me dijo: «Ya en el mundo  
 huérfano y sólo queda, tú, su guía,  
 faltando yo, serás y su consuelo;  
 mi tierno Hasán á tu cuidado fio;  
 ampáralo, hijo mío,  
 y te dará su bendición el cielo.»  
 Cumplí fiel, y á tu vida  
 desde entonces mi amor he consagrado;  
 tu conciencia, de cómo me has pagado,  
 respuesta, acaso, te dará cumplida.  
 Por nuestra santa madre te perdono  
 el daño que me has hecho;  
 de hoy más, ahogado quedará en mi pecho  
 de mis amargos celos el encono.  
 Pero, nunca profanes  
 mi perturbado hogar con tu presencia

ni provoquen mis iras tus desmanes;  
 aquí tu residencia  
 tendrás lejos de mi, sin atreverte,  
 ya te impulse el amor ó ya el hastío,  
 á indagar los problemas de mi suerte,  
 y piensa bien que encontrarás la muerte  
 si cruzas la corriente de ese río.—  
 Inmóvil y turbado  
 quedóse Hasán, sin proferir respuesta;  
 y al recobrar su natural estado,  
 vió la grave figura del caudillo  
 alejarse, subir la agreste cuesta  
 y entrar por la poterna del castillo.

### VIII

Creció en Hasán el tormento  
 de aquel amor infinito  
 cuando en su conciencia el grito  
 se alzó del remordimiento.  
 Presa de extrañas visiones  
 en su retiro vivía  
 entregado noche y día  
 á tristes meditaciones.  
 Pasaba el tiempo, y sus penas  
 sólo se calmaban cuando  
 se extasiaba contemplando  
 del castillo las almenas;  
 que á través de su locura

en ellas soñaba ver  
 el rostro de una mujer  
 de celestial hermosura.  
 La noche le sorprendía  
 en tan penosa ansiedad  
 y en su negra obscuridad  
 cual sudario le envolvía.  
 No alcanzó poder bastante  
 al tiempo la ausencia unida  
 para restañar la herida  
 de aquel corazón amante.  
 Y al fin, llorando su suerte,  
 sintió de la vida tedio,  
 sin hallar otro remedio  
 á sus males que la muerte.  
 Logró, mientras tanto, el alma  
 de Abenámar olvidar  
 sus celos, y halló en su hogar  
 si no la dicha, la calma.  
 Y en su condición mudable  
 pensaba tan diferente,  
 qué ya juzgaba inocente  
 á la que creyó culpable.  
 Halló Zoraida piedad  
 en el ofendido esposo  
 que le otorgó generoso  
 la perdida libertad;  
 dando con esto ocasión  
 al amor, que estaba alerta,  
 á penetrar por la puerta  
 que abriera la compasión.  
 Hábil mujer, esgrimía

sus gracias más seductoras  
 en cuyas redes traidoras  
 preso Abenámar vivía.  
 Nada en ella revelaba  
 de amor oculto el tormento  
 y él á su lado contento  
 del peligro se olvidaba.  
 Nunca, la bella, tomó  
 de Hasán el nombre en los labios  
 y el esposo sus agravios  
 á perdonar se inclinó.  
 Juzgó que sacar debía  
 á su hermano del destierro  
 en que purgando su yerro  
 un año pasado había;  
 pero, del mal conjurado  
 temió la vuelta, y dudó,  
 á tiempo que recibió  
 del Rey un pliego cerrado.  
 Yáhia, con frases que el miedo  
 dictó, —venid, le decía:  
 todo su poder envía  
 Castilla contra Toledo.  
 Corred, que en bélico apresto  
 arde la ciudad, ganosa  
 de abatir la enseña odiosa  
 del ingrato Alfonso sexto.—  
 Sintió Abenámar hervir  
 la sangre en sus venas, fiero,  
 tomó sus armas ligero  
 y se dispuso á partir.  
 Llamó á Osmán, viejo soldado,

y así le dijo: —En mi ausencia,  
de tu valor y prudencia  
todo lo dejo fiado.  
Guarda el castillo, vigila  
á Hasán y á Zoraida cela;  
de sus pasos, siempre en vela,  
Argos será tu pupila.  
Adiós; y ten la certeza  
que si la fe que te abona  
torpe ó infiel me traiciona,  
responderá tu cabeza.

## IX

Partió el noble Capitán  
y á sus razones perplejo  
y aturdido quedó Osmán,  
porque el cariño de Hasán  
era la dicha del viejo.  
Le vió nacer, y á su lado  
huérfano luego creció,  
de dulces goces privado,  
y el fiel y rudo soldado  
cual tierno padre le amó.  
A su cariñoso celo  
debió Hasán en su mansión  
muchas horas de consuelo,  
que disipaban el duelo  
de su triste corazón.

Siempre disculpar sabía  
los más absurdos errores  
en que el joven incurría,  
y de Abenámar tenía  
por injustos los rigores.  
Fué la imprevista mudanza  
rayo de dulce esperanza  
para el corazón de Hasán,  
que vió trocarse su afán  
en aurora de bonanza.  
Pintó con vivos colores  
á Osmán su infeliz historia;  
le ponderó sus dolores,  
é invocó de sus mayores  
la respetada memoria.  
Aumentaba la violencia  
de aquella pasión vehemente  
del buen Osmán la imprudencia,  
llevando á Hasán, con frecuencia,  
nuevas de Zoraida ausente.  
Él mismo llegó á olvidar  
el peligro que corría,  
y el joven pudo apreciar  
que al seducirle, tenía  
poco camino que andar.  
Discreta y artificiosa  
fué, mientras tanto, la hermosa,  
explotando con cautela  
la sencillez candorosa  
de su viejo centinela.  
Débil con Zoraida y blando  
con Hasán, fué su indiscreta

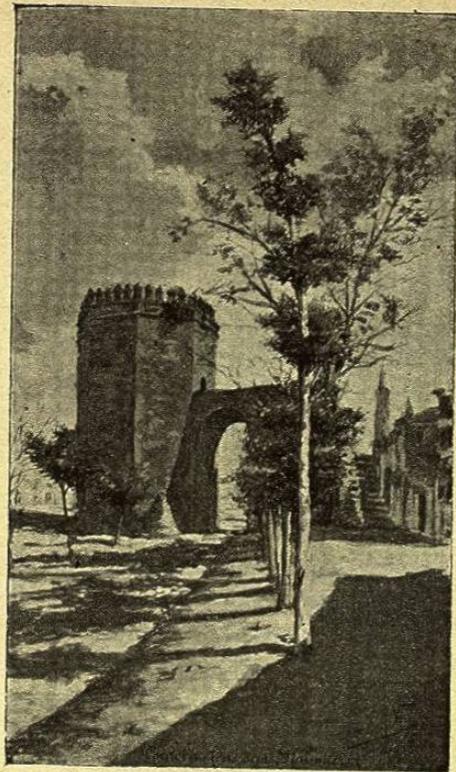
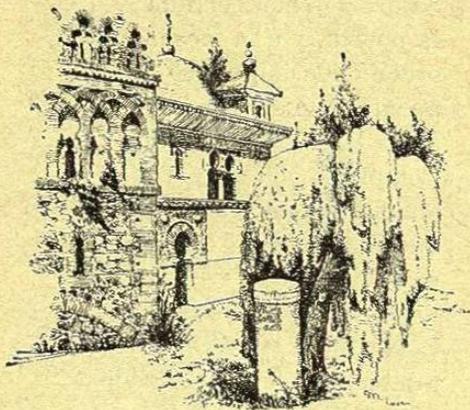
conducta, tal fruto dando,  
 que concluyó tolerando  
 una entrevista secreta.  
 Llegó la noche esperada  
 y Hasán, con paso seguro,  
 buscó, por senda excusada,  
 cierto postigo del muro  
 que al castillo daba entrada.  
 Abrió, temblando, la puerta;  
 en el patio silencioso  
 penetró, con planta incierta,  
 subiendo, al fin, cauteloso,  
 una escalera desierta.  
 Transcurrió, breve, un instante,  
 cuando, por el lado opuesto,  
 en un potro jadeante,  
 trepaba el agrio recuesto  
 un caballero arrogante.  
 Al pie del muro llegó  
 con el potro de la brida  
 y al centinela llamó,  
 que á una seña convenida  
 la entrada le franqueó.  
 El mismo Abenámar era  
 que al entregarle el bridón  
 le dijo, calla y espera;  
 tomando sin dilación  
 la entrada de la escalera.  
 Sufrió, cuando estuvo ausente,  
 tan pavorosos desvelos,  
 que en su perturbada mente  
 siempre llevaba presente

el fantasma de sus celos.  
 Faltóle calma y aliento  
 para sufrir el tormento  
 de aquel bárbaro martirio  
 y en alas de su delirio  
 se ausentó del campamento.  
 Quiso por sus ojos ver  
 si la hechicera mujer  
 que con el alma quería,  
 sumisa estaba al deber  
 ó perjura le vendía.  
 Nadie vió por las calladas  
 estancias cruzar su sombra,  
 ni en las bóvedas cerradas  
 dejó resonar la alfombra  
 el eco de sus pisadas.  
 Exploraba precavido  
 en las tinieblas medrosas,  
 cuando percibió su oído  
 un vago rumor perdido  
 de palabras misteriosas.  
 Creyó que á sus pies faltaba  
 la tierra cuando avanzaba  
 mudo, pálido y absorto,  
 con paso trémulo y corto  
 á donde el rumor sonaba.  
 De un aposento la puerta  
 traspasó, y á los distintos  
 rayos de una luz despierta,  
 sus ojos en sangre tintos  
 vieron su desdicha cierta.  
 Rugió como tigre fiero;

en su mano poderosa  
 febril empuñó el acero,  
 y al corazón de la esposa  
 dirigió golpe certero.  
 Hasán, con noble osadía,  
 detuvo el brazo á su hermano,  
 mientras turbada, sin guía,  
 la infeliz Zoraida huía  
 presa de delirio insano.  
 Subió la estrecha escalera  
 de una torre, siempre viendo,  
 en fantástica quimera,  
 detrás, sus pasos siguiendo,  
 al marido que vendiera.  
 A las almenas llegó  
 y cuando cerca miró  
 aquel fantasma celoso,  
 saltó de la torre al foso  
 donde la muerte encontró.  
 Cuando huyó la infeliz mora,  
 Hasán, con valor sereno,  
 le dijo á su hermano: —Ahora  
 hunde la punta en mi seno  
 de tu espada vengadora.  
 Si sed de sangre te aqueja,  
 en mi vengas tus agravios,  
 que si tu mano me deja  
 sin vida, no habrá en mis labios  
 ni un suspiro ni una queja.  
 —Para saciar la sed mía,  
 Abenámar respondía,  
 hay poca sangre en tus venas;

larga será tu agonía  
 como son grandes mis penas. —  
 Llamó la guardia y severo  
 llevó al aturdido mozo  
 á su mansión prisionero,  
 asegurando primero  
 á Osmán en un calabozo.  
 Luego, por experta mano  
 y con aviesa intención,  
 hizo grabar, inhumano,  
 una fúnebre inscripción  
 con el nombre de su hermano.  
 Llevóle á Hasán, diligente,  
 la escrita piedra, y le dijo:  
 —Aunque tu amor no consiente  
 en que estés aquí, de fijo,  
 que estarás eternamente. —  
 Salió, dejando cerrada  
 la puerta, y á la mesnada  
 ordenó con imperioso  
 acento, que sin reposo  
 fuera la casa enterrada.  
 Cumpliöse con tal porfía  
 aquel feroz sacrificio  
 que cuando el sol se ponía  
 sólo un cerro se veía  
 donde estuvo el edificio.  
 Luego en la cumbre se vió  
 también un suplicio alzado  
 y en él su culpa expió  
 el buen Osmán, que expiró  
 inhumanamente ahorcado.

Mudo silencio y tristura  
 en las gentes del castillo  
 extendió la noche obscura,  
 mientras tomaba el caudillo  
 su caballo y armadura.  
 Partió sin más compañía  
 y á la luz del nuevo día  
 vió, desde un monte cercano,  
 que ya á Toledo ceñía  
 el ejército cristiano.  
 Falto de seso y cordura  
 entrar quiso por la fuerte  
 línea, y halló en su locura,  
 en una lanza la muerte  
 y en el Tajo sepultura (2).



## *La Torre de la Malmuerta*

### I

Hay en Córdoba una torre  
 llamada de la Malmuerta  
 cuyo origen se remonta  
 á cinco siglos de fecha,